

LA FORMACION DEL INVESTIGADOR EN EL AREA DE LITERATURA

Laura Cazares

En julio de 1973 me relacioné por primera vez con la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México; en esa ocasión dicté un curso intensivo de Técnicas de Investigación en Literatura. Entonces la Facultad era joven y yo también. Aunque con intermitencias, esa relación se ha mantenido a través de conferencias, asistencia a exámenes profesionales y charlas con miembros de la Carrera de Letras, principalmente; por ello me complace que me hayan invitado a estar presente en estos festejos de los veinticinco años de la Facultad de Humanidades.

Se me ha pedido hablar acerca de la formación del investigador en el área de literatura. El tema se enuncia fácilmente, pero qué tan fácil resulta hablar de la investigación en literatura e interesar en su realización, cuando en general los estudios dentro del campo de las humanidades, por múltiples razones, se están reduciendo en el ámbito universitario. Volveremos a este tema más adelante.

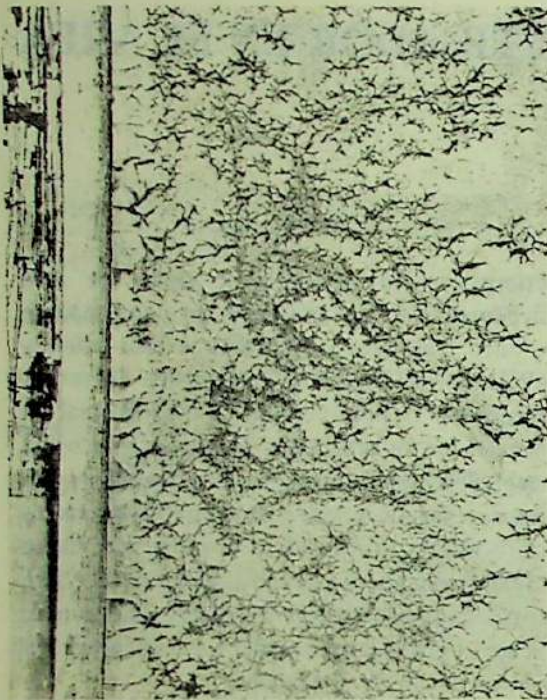
Por lo general, se piensa en la investigación siempre unida a la actividad universitaria. En realidad, un investigador se debe comenzar a formar desde muchísimo antes. Desde el momento en que el niño empieza a hacer preguntas acerca del mundo que lo rodea, nos encontramos ya en el inicio de la investigación. Responder esas preguntas y propiciar otras nuevas, lleva a los padres a formar personas inquisitivas, buscadoras del sentido profundo de lo que se encuentra en su entorno. Pero ¿cuántos padres, aun con una cierta escolaridad, son capaces de despertar o de encauzar, si ya se ha producido, ese interés en ver más allá de la superficie de los hechos y de las cosas?. Es común delegar esta actividad en los maestros de la enseñanza primaria y después en los de la enseñanza media. Pero ¿qué tanto pueden o qué tanto quieren orientar en la búsqueda de conocimientos esos maestros que deben trabajar con grupos de más de cincuenta alumnos, que deben dar cursos diversos en diferentes escuelas y además deben dedicarse al comercio para

complementar un salario cada vez más depauperado?. La educación en esta etapa se reduce, entonces, a convertir a esos niños y adolescentes inquietos, inquisitivos, en vasijas receptoras de información; de esa información indicada en los programas de estudios y recogida en los libros de texto, con la cual se les atiborra sin mayor o menor reflexión. Con este panorama, es claro que la semilla de la investigación muere rápidamente por la esterilidad del terreno en que se coloca, y pocos, muy pocos niños y adolescentes, tienen el privilegio de acceder a un terreno fértil y ver fructificar sus inquietudes.

Sin embargo, la esperanza es lo último que desaparece, y mal que bien los estudiantes llegan a veces a la Universidad. Pero ¿cuál es la actitud que prevalece en este ámbito después de haber sido convertido en un receptor?. La respuesta la encuentro en la ponencia de un ex-estudiante de mi Universidad: "Claro, en aquellos tiempos, como buen alumno universitario, creía que cursar una carrera consistía en correr a toda velocidad con un mínimo de esfuerzo"...(1)

Puesto que ya nos encontramos en la Universidad, centrémonos en el campo de la literatura. Esto nos lleva a hacernos la siguiente pregunta: ¿con qué fin ingresan los alumnos a la Carrera de Letras?...Puedo dar algunas respuestas con base en mi experiencia. Algunos ingresan porque quieren aprender a escribir, entiéndase esto como quieren ser escritores.

Otros, porque quieren tener un grado universitario y esta carrera les parece fácil. Un grupo lo integran los que ya son maestros de primaria y secundaria, y quieren obtener otro grado para acceder a la enseñanza media superior y aun a la universitaria. Finalmente tenemos a los que se interesan en la Carrera porque gustan de la literatura y quieren profesionalizarse en su enseñanza e investigación. Con frecuencia éstos son los menos, pero también los más entusiastas. En mi opinión, los estudiantes que ingresan con estos dos últimos fines deben ser apoyados firmemente; ya los que ingresan con los dos primeros se les debe



explicar, respectivamente, que la Carrera no forma creadores, aunque puede surgir alguno en el camino, y que no se trata de una licenciatura fácil ni de una especie de *hobby*, sino que se le debe tomar en serio o dedicarse a estudiar otra.

Ahora bien, ¿qué pasa con la investigación en la Universidad cuando se es estudiante? Si toda la enseñanza anterior se ha dedicado a formar receptores de información, es difícil que, por el sólo hecho de encontrarse en la Universidad, el estudiante vaya a cambiar su manera de acercarse al conocimiento. Aquí la labor de los maestros es esencial para transformar al receptor en investigador; pero para ello es necesario que los maestros también hagan investigación. Me parece un error fundamental de algunas universidades la separación entre docentes e investigadores. Un docente que no investiga las nuevas aportaciones o no busca hacer las propias siquiera en lo referente a su materia, se convierte en un expositor hueco y repetitivo, con ideas que se van desgastando por tanto uso, al igual que las fichas se van amarillando en sus manos. Por otro lado, un investigador que se encierra en su cubículo y no es capaz de transmitir a otros su experiencia en el análisis, la interpretación y la presentación de resultados, es como una planta que se marchita en su torre de marfil sin dejar algún retoño.

Los jóvenes tienen que darse cuenta de que las pocas o muchas horas de clase que toman en la Universidad sólo son un apoyo para su formación académica; que esta formación debe ser

complementada por ellos mismos, en una búsqueda personal que los maestros pueden orientar pero no realizar en su lugar. El maestro universitario tiene que informar, pero acaso esto sea lo menos importante, pues lo que verdaderamente debe hacer es formar: enseñar a pescar, en lugar de donar el pescado.

Una condición fundamental que ha de cumplir cualquier persona interesada en la investigación es la de tener una **actitud reflexiva** frente a todo lo que lo rodea (2). Y hacia esta actitud reflexiva debemos guiar a los estudiantes en los distintos cursos de Licenciatura. El investigador es un buscador de la verdad, referida ésta, no sólo, aunque principalmente, al campo de conocimiento que le interesa; por lo cual debe desarrollar una gran capacidad de cuestionamiento, y evitar la aceptación de soluciones hechas y de procesos ya establecidos. De acuerdo con lo antes dicho, nos podemos dar cuenta de que investigar no es sumar una serie de opiniones ya dadas y presentarlas sin siquiera fijarse en si hay contradicción entre ellas. En relación con la actitud reflexiva del investigador, hay que destacar el problema que se les presenta a nuestros estudiantes por la parcelación de la enseñanza y por la poquísima interdisciplinariedad en los estudios humanísticos. No estoy pensando en el alumno todólogo, ni creo en la interdisciplina por decreto; pero ya es tiempo que los maestros de Humanidades, por nuestra propia experiencia, despertemos en los estudiantes el interés por cursos de otras carreras afines o por las lecturas extraliterarias. No planteo esto como un fin en sí mismo, sino como una necesidad de conocer los campos de conocimiento cercanos para poder comprender mejor el propio. Por ejemplo, el estudiante de literatura se quedará con una apreciación chata, incompleta, de las novelas de Fernando del Paso, si no tiene idea de la historia de México; e igual le pasará con Revueltas si no toma en cuenta sus preocupaciones políticas. Cómo dejar de notar que el meollo de **Diferentes razones tiene la muerte** es Nietzsche. Y cómo entender algunos relatos de Sergio Pitlor sin tomar en cuenta lo cinematográfico y lo pictórico. Quien se interesa por la investigación de la literatura no sólo tiene que leer literatura, debe tratar de adquirir una cultura más amplia que le abra nuevas perspectivas en su comprensión del texto, para no seguir haciendo "investigaciones" en donde se cuenta, y mal, el contenido de la obra.

Volviendo a la idea de que investigar no es sumar opiniones ya dadas, nos enfrentamos con el

problema del respeto que tiene el estudiante por la palabra impresa y de los modelos que usualmente busca para su investigación. No estamos tan lejos del hombre culto medieval que en sus escritos siempre citaba la Biblia; sólo que ahora nuestras biblias son los suplementos culturales y, con un poco más de seriedad algunos libros de ensayo excepto contadas excepciones, la crítica periodística, o más bien la reseña periodística se caracteriza por su impresionismo y superficialidad; pero a los jóvenes estudiantes el impresionismo los impresiona y se convierte en su modelo de trabajo. En este momento don Alfonso Reyes me tiraría de las orejas, pues él defendió la crítica impresionista y dijo que "El impresionismo es el común denominador de toda crítica". Sin embargo, debo señalar que colocó al impresionismo como el primer grado o escalón en la escala crítica: aquel en que se ubica al *amateur*, al aficionado; al que suguen después dos grados más: el de la exégesis y el del juicio, que corresponde ya a un terreno de especialistas.³ Pues bien, como queremos formar especialistas en la investigación y la crítica literaria, con base en él mismo podemos exigir el ascenso en la escala.

Nuestros estudiantes deben aprender a valorar no sólo las obras literarias, sino también la crítica literaria. En general, los estudiantes leen primero la crítica y luego la obra de creación sobre la cual trata el texto crítico. Por la falta de experiencia en el análisis literario, su actitud ante las obras se ve prejuiciada por los comentarios del crítico; pues, como se siente inseguro, no se atreve a hacer sus propias aportaciones, a expresar lo que él encuentra en la obra de creación. Y aun cuando la lea y esté en desacuerdo con el crítico en su interpretación, casi nunca se atreve a decirlo, por aquello del respeto casi sagrado que le merece la palabra impresa. Esta es una atadura que debemos tratar de romper, y la manera de lograrlo consiste en mostrar a los alumnos los aciertos y errores en el estudio de una obra, en la metodología aplicada, para que ellos, por su propia cuenta, vayan empezando a leer con ojos críticos a la crítica. Cabe señalar aquí que para estudiar literatura e investigar sobre ella, se quiere no sólo ser un lector, sino un buen lector, un lector sensible. Con esta cualidad es que se puede desentrañar los significados profundos de un texto, sacar a la luz el entramado subyacente e invisible en la superficie.

La formación universitaria culmina casi siempre con una investigación: la tesis para obtener el grado de Licenciatura. Se podría pensar que en

este punto de la Carrera ese último obstáculo ya no causa ningún problema, sin embargo, no es así. La tesis de licenciatura se ha convertido en un monstruo que ha derrotado a muchos estudiantes, a veces sin que haya siquiera un conato de lucha. La sola mención de la palabra provoca jaquecas, náuseas y escalofríos; pero con el trabajo de tesis se acuña el investigador, por eso es necesario derrotar a los fantasmas. Muy atinadamente, Umberto Eco dice que:

Se puede aprovechar la ocasión de la tesis (aunque el resto del período universitario haya sido desilusionante o frustrante) para recuperar el sentido positivo y progresivo del estudio no entendido como una cosecha de nociones, sino como elaboración crítica de una experiencia, como adquisición de una capacidad (buena para la vida futura) para localizar los problemas, para afrontarlos como método, para exponerlos siguiendo ciertas técnicas de comunicación.⁴

Es necesario que los maestros se interesen en la dirección de tesis, por lo formativa que resulta esa investigación tanto para el alumno como para el profesor. Ahora bien, en el campo de la investigación literaria me parece conveniente abandonar el estudio individual de un tema para agrupar a los estudiantes en seminarios de investigación sobre un autor, una obra, una generación, etc., de manera que las aportaciones de cada uno refuerzan las investigaciones de los



demás, y las orientaciones del profesor se canalicen con más eficacia. Estos semionarios de investigación, que podrían convertirse en interdisciplinarios, eliminarían las carencias de estudios sobre determinados temas literarios. Tenemos un terreno fértil y virgen en la literatura hispanoamericana, y en particular en la literatura mexicana, de autores, obras y corrientes literarias, que a lo más han merecido breves reseñas en algún periódico o algunos artículos en revistas especializadas, y que de hecho están ahí, a la espera de ser descubiertos y estudiados a fondo por algún investigador o investigadores que gusten de abandonar la tierra firme y lanzarse a la aventura de buscar nuevos temas.

Considero que mucho de lo dicho en relación con la tesis de Licenciatura es aplicable para las tesis de posgrado. Los alumnos que acceden a esos niveles son menos y por eso es más fácil la dirección de tesis individual; pero aún a ese nivel es útil el trabajo de seminario. La investigación de posgrado debería planearse el satisfacer una necesidad ya señalada por Roberto Fernández Retamar: la de concretar una teoría de la literatura hispanoamericana. Siempre hemos trabajado con teorías que provienen de Europa o de Estados Unidos. De hecho nuestra formación universitaria se basa en ellas; por eso es urgente comenzar a teorizar sobre nuestra literatura, pensando en nuestra concreta realidad e indicando sus razgos específicos.⁵

La formación del investigador no concluye con los estudios universitarios, podríamos decir que en realidad ahí comienza apenas. Es esencial un cambio en la actitud del estudioso de la literatura que cancela todo interés en ella una vez que sale de la Universidad. Un buen profesional debe seguir estudiando; un investigador debe continuar autoformandose, a pesar de la falta de incentivos, para no caer en la propia desvalorización.

Es esencial realizar investigaciones en nuestro país, y también lo es sacrificar la cantidad y elevar la calidad de nuestro trabajo. Los investigadores con más experiencia tienen que formar ya a los nuevos investigadores que vendrán a sustituirlos. La mezquindad debe guardarse en el cajón del escritorio, y en esta etapa de mitificación de la tecnología es necesario reforzar el campo de las Humanidades con aportaciones originales y audaces; no debe perderse de vista al hombre y su

apreciación y disfrute de lo bello, porque el "mundo feliz" de Huxley parece aterrador.

Termino esta breve exposición con un texto de Martí referente a la poesía, con el fin de revalorizar los estudios humanísticos, tan estrechamente ligados al acto creador:

¿Quién es el ignorante que sostiene que la poesía no es necesaria a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara.

La poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta le proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.

¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pensar con fe en la significación y el alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales lo que debe servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

NOTAS

1 Noé Cárdenas, "Carta desde el más acá", ponencia presentada en el Homenaje a Diana Morán, poetisa panameña, 8 de febrero de 1990, p.2.

2 Laura Cázarcs, María Christen et al., **Técnicas actuales de investigación documental**, UAM-Trillas, México, 1987, p.16.

3 Alfonso Reyes, "Sobre la crítica", en **Antología de textos sobre lengua y literatura**, UNAM, 1977 (Lecturas universitarias, 5), pp.274-277.

4 Umberto Eco, **Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura**, tr. Lucía Baranda y Alberto Clavería, Gedisa, México, 1986 (Libertad y cambio; Serie Práctica), p. 15.

5 Roberto Fernandez Retamar, **Para una teoría de la literatura hispanoamericana**, Nuestro tiempo, México, 1977.

6 José Martí, "Valor de la poesía", en **Antología de textos sobre lengua y literatura**, UNAM, 1977

(Lecturas universitarias, 5), p.147.